

Conversión

1. *Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio*¹. Estas son las primeras palabras de Jesús que se recogen en el evangelio de san Marcos y que hoy nos propone la liturgia.

El Señor empieza su predicación en Galilea invitándonos a *la conversión*. Él quiere un cambio en nosotros. Que caigamos en la cuenta de nuestra condición de pecadores para que él pueda ejercer abundantemente su misericordia. Que nos decidamos a perder la vida, para ganarla de verdad; que nos despojemos de nuestro viejo yo, para revestirnos del nuevo yo; que superemos lo que es carnal, para que prevalezca lo que es espiritual; que nos elevemos de las cosas de abajo para buscar las de arriba, donde está Cristo².

En definitiva que, como los ninivitas de tiempos de Jonás³, también nosotros nos convirtamos de nuestra mala vida, para alcanzar el perdón de Dios. Un perdón que nos llega hoy por medio de la Iglesia y muy especialmente a través del sacramento de la Reconciliación⁴.

2. Pero esta propuesta no siempre es convenientemente acogida por los hombres. Es, si me permiten la expresión, *políticamente incorrecta*. Hoy en día, a nadie le gusta que le recuerden sus miserias y debilidades. Todos tenemos una fuerte tendencia a evadir el reconocimiento de nuestras faltas. Nos pasa un poco como a los niños que primero no se quieren bañar. Y, luego, cuando se han bañado con agua caliente, jabón, shampoo y un poco de loción, quedan felices.

El ambiente que nos rodea, además, tampoco ayuda. En muchos segmentos de la sociedad se está perdiendo el *sentido de Dios* y de su amorosa presencia entre nosotros. Y, en consecuencia, se está perdiendo también el *sentido del pecado*. Cada vez parece más evidente lo que hace algunas décadas anunció el papa Pío XII: el gran pecado de nuestro tiempo es *la pérdida del sentido del pecado*⁵.

Por otra parte, la condición humana es un tanto pendular. Y, con relativa frecuencia, pasamos de un extremo al otro. Lo destacaba en un importante documento san Juan Pablo II: *Algunos tienden a sustituir actitudes exageradas del pasado con otras exageraciones, pasan de ver pecado en todo, a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las penas eternas, a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado; de la severidad en el esfuerzo por corregir los errores de la conciencia, a un supuesto respeto de la conciencia, que suprime el deber de decir la verdad*⁶.

¹ Evangelio Marcos 1, 15.

² Cfr. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, 2-XII-1984, n. 4.

³ Cfr. Primera lectura, *Jonás* 3, 1-5. 15.

⁴ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *El Rosario de la Virgen María*, n. 21.

⁵ PIO XII, *Radiomensaje*, 26-X-1946.

⁶ SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, 2-XII-1984, n. 18.

3. Por eso, necesitamos ahondar en el conocimiento propio. Un conocimiento humilde y valiente de nuestra situación, para poner el remedio adecuado. Es cierto que, por la misericordia de Dios, no solemos ofenderlo gravemente. Pero tenemos que reconocer que, con más frecuencia de lo que quisiéramos, las ofensas, verdaderos pecados, existen en nuestra vida. Y hacen mucho daño: Mentiras más o menos deliberadas, críticas injustas de vecinos o compañeros de trabajo, amargos rencores retenidos, concesiones a la sensualidad que debiéramos de apartar con firmeza...

Jesucristo que nos interpela hoy a cada uno: *conviértete y cree en el Evangelio*. Corta con esas faltas que te conducen directamente a la tibieza, que te apartan de mi Reino. Un Reino, viene bien recordarlo, *de justicia, de amor y de paz*, pero sobre todo *de verdad*⁷. De la verdad de nuestra alma delante de Dios.

4. Desde hace unos días, estamos viviendo en la Iglesia el Octavario por la unidad de los cristianos. Ocho jornadas dedicadas a implorar del Señor la gracia de que todos los que creemos en Cristo y hemos sido bautizados en Él, vivamos unidos formando, un solo rebaño bajo un solo Pastor. En la Última Cena el Señor imploró a su Padre Celestial: *que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo que tú me has enviado*⁸.

Es doloroso comprobar que a lo largo de la historia se han dado no pocas rupturas, auténticos desgarrones, en la túnica de Cristo que es la Iglesia. Tenemos que pedir que no se vuelvan a dar. Es más, que se cierren con su gracia las que ya se han dado. Que alcancemos la anhelada unidad con ortodoxos, luteranos, anglicanos, calvinistas y muchas otras confesiones cristianas. Pero sin perder de vista, que la mejor contribución a la causa de la unidad es nuestra propia lucha interior por estar unidos a Cristo, por ser santos y, por lo mismo, desterrar de nosotros el pecado, raíz venenosa de toda división.

5. Santo Tomás de Aquino solía ser muy exacto en su expresión, tanto de palabra como por escrito. No empleaba más que las palabras necesarias. Se cuenta que un día su hermana menor le preguntó qué se necesitaba para ser santo. Y respondió: *querer*.

Pidámosle a la Virgen María que nos ayude a *querer* de verdad ser santos, a *revestirnos de Cristo*⁹ como pedía el apóstol Pablo, recordando también las palabras de san Josemaría: *en el Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos*¹⁰.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 21 de enero de 2018

⁷ Cfr. Misal Romano, Prefacio de la solemnidad de Cristo Rey del Universo.

⁸ *Juan* 17, 21.

⁹ *Romanos* 13, 14.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 310.

